

BR0 Sp 605
150

A. PELLICER PARAIRE



El individuo y la masa

y La Educación de la libertad

Precio: 10 cents.

Barcelona
BIBLIOTECA EDITORIAL SALUD Y FUERZA
Plaza Comercial, 8 (Borne)
1908

A. PELLICER PARAIRE

El individuo y la masa

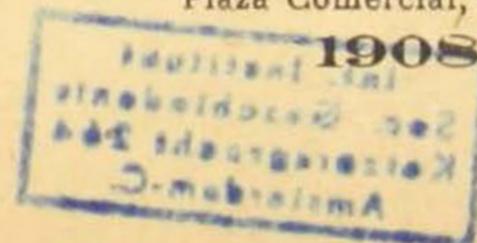
y La Educación de la libertad

Precio: 10 cents.

Barcelona

BIBLIOTECA EDITORIAL SALUD Y FUERZA

Plaza Comercial, 8 (Borne)



AL LECTOR:

Tenemos la satisfacción de poder ofrecer á nuestros lectores estas dos conferencias del que fué uno de los maestros de la generación actual, al presente retirado á la vida privada, Antonio Pellicer.

No han perdido su sabor de actualidad á pesar de los einte años transcurridos desde que fueron escritas.

Habían permanecido inéditas, cuidadosamente guardadas por un amigo del autor, y al entregarlas hoy al público tenemos la seguridad de que ofendemos la natural modestia del maestro, enemigo acérrimo de toda exhibición personal, y que llevó su amor al ideal hasta el extremo de hacer pasar su nombre completamente desapercibido, dando así con el ejemplo una lección á los que solo buscan satisfacciones á su vanidad.

EL EDITOR



EL INDIVIDUO Y LA MASA

Cualquiera que observe y analice la historia humana, habrá notado un hecho muy curioso. *El papel que desempeñan los individuos y el que hacen las masas.*

Valiente guerrero que no se conforma con ser comandado por otro, reúne á la masa, la habla, excita y rebela, y puesto al frente ó detrás de la multitud, ataca á su contrincante, y si logra la victoria, ocupa su puesto y la masa después de celebrar el triunfo, quédase como antes. El despojado de su cargo no se declara vencido, pues conspira y no le falta masa para luchar con el victorioso. Y si ambos llegan á equilibrar sus fuerzas y se avienen á compartir las dulzuras de la jefatura, las masas celebran con júbilo tan feliz acuerdo.

Orador político por el estilo de los que conocemos, convoca reunión del pueblo, presenta su programa liberal ó revolucionario; por ejemplo, abolición de quintas, y la multitud aplaude con estrépito y le vota para diputado; al año siguiente sostiene que la libertad debe afianzarse con un ejército patriótico, al que todos *deben* contribuir, porque todos *deben* salvar la patria, y la masa aplaude y vota con entusiasmo, y si otro año le dice al pueblo otra cosa, que no sea ni lo uno ni lo otro, la multitud vota y aplaude.

Cuando en la Revolución Francesa dominaba Dantón, la masa odiaba á Robespierre; cuando llegaba éste al poder, la masa odiaba á Dantón; y á medida que unos y otros subían al más alto poderío ó descendían á lo más bajo, la masa vitoreaba ó guillotinaba siguiendo los vaivenes de aquellas luchas personales como si á la vez la multitud se encarnase en aquellos individuos.

Se ejecutan autos de fé, la masa los presencia con regocijo, como una corrida de toros. Levántase un conspirador serio contra el clero, y también se exalta la masa y derriba al clero; aunque generalmente se decide mejor por las malas causas que por las buenas; pero que, para no desmentirre, en todo forma y en todo alborota y en todo interviene.

Si es César que pasa, la multitud se humilla y le vitorea; si es Bruto que clava el puñal á César, la muchedumbre exclama: ¡viva Bruto!

Napoleón sostiene la República, ¡viva Napoleón! Napoleón mata la República, ¡viva Napoleón!

Y en nuestro país, por ejemplo, hay masa para los jefes de las fracciones políticas más diferentes, masa dispuesta siempre á levantarlos sobre sus hombros.

Nadie se presenta en la escena pública que no tenga su correspondiente comparsaría, su dócil masa.

Y lo mismo que los hombres, sucede con las costumbres y con todas las cosas.

Hay masas para las procesiones, para las manifestaciones irreligiosas, para las fiestas llamadas de barrio, como para solemnidades de librepensadores; lo mismo se va á los toros que á los ateneos, y si hay diferencia es á favor del toro; viene un príncipe, se festeja al príncipe; sale el obispo, se obsequia al obispo; pasa un general, se va detrás del general; llega un ateo, se recibe al ateo; para todos los hombres y para todas las cosas, en fin, hay dispuestas siempre las muchedumbres, la comparsaría, lo que se llama la masa, con más ó menos entusiasmo según su representación y época, pero lo cierto es que hay masa para todos los gustos.

Ahora bien: esta observación histórica, ¿no dice nada? Pues dice que la masa carece de criterio, de propia personalidad. Cada individuo representa su papel en la sociedad, pero la masa no representa nada. Es un conjunto de hombres sin definición, sin propio pensamiento ni voluntad, son los ceros que se añaden á una unidad para formar cantidad; pero quitemos la unidad y los ceros quedan sin valor; así es la masa, así son los pueblos.

Un individuo representa el valor, otro la abnegación, aquél la inteligencia; es decir, cada uno representa algo, tienen propio carácter; la muchedumbre no representa nada.

Y advertid bien una cosa. La muchedumbre es siempre pobre é ignorante, supersticiosa, conservadora y reaccionaria. Para todo sirve, es cierto; pero notadlo bien, gasta muchos remilgos para todo propósito revolucionario y le sobra abnegación para toda idea retrógrada.

Buscad la masa para protestar de un atropello autoritario, para una manifestación revolucionaria de cualquier género que sea, y observaréis cuán reacia y perezosa se muestra; buscadla para propósitos tradicionalistas, para una romería, para la fiesta mayor del pueblo, para toda ceremonia reaccionaria, y veréis cuán solícita anda y que bien cumple su cometido.

Y se comprende. El pobre, por su misma falta de medios, es ignorante; y el convencimiento de que pesa poco en la marcha social le hace retraído por costumbre hasta en pensar, y acepta que todo se lo den hecho por quien quiera que sea; no le preguntéis qué opina de tal ó cual suceso, porque no os contestará; interrogadle si le parece mejor lo que dice Fulano que Zutano y entonces

facilmente se mostrará partidario de lo que dice uno ú otro, aunque con la salvedad de que no lo entiende. Con todo lo cual se demuestra su profundísima ignorancia.

Naturalmente, pues, el hombre ignorante que se deshaucia por sí propio de la sociedad, ha de estar más bien inclinado al reaccionarismo que á la revolución. Porque para ser revolucionario, es forzoso pensar, sentir, estudiar, por poco que sea, y entonces se saldría ya de la masa, adquiriendo personalidad propia; y como no piensa ni sabe pensar, y se le figura que no hay más mundo ni le ha habido que el que presencia, cualquier cosa que trastorne el modo de ser social, le trastorna á él también, que no acierta á alcanzar cómo se podrá vivir con aquel cambio que se efectúa; y sólo á fuerza de acostumbrarse á ver un nuevo orden de cosas, únicamente presenciando que el mundo no se viene abajo con la innovación, se decide á pensar que quizás sea bueno lo que se ha hecho y pre-disponerse á declararse partidario de la reforma verificada.

Estas consideraciones, mejor dicho, estos hechos, que todos podemos observar por poco que nos fijemos en ello, nos dan la [certitud de que la masa es miserable y reaccionaria; y sólo sirve para algo bueno cuando se la cautiva con mucho arte á manera de como se entusiasman á los niños con un juguete deslumbrador.

Por esto las gentes reaccionarias, explotadoras y opresoras, son las que acostumbran más á halagar las muchedumbres para mejor dominarlas, y saben excitarlas perfectamente contra todos los trabajos revolucionarios con sólo la virtud mágica de estas palabras: «éstos revolucionarios todo lo trastornan; costumbres, familia, tranquilidad; ¡como nos bemos de ver! Es claro, nosotros somos tan pacíficos y siempre dejamos que hagan de nosotros lo que quieran...» y ya tenéis exaltados los ánimos de todas las gentes de bien para impedir que se toque ni una piedra.

Nosotros, en cambio, por ejemplo, nos desgañitamos uno y otro

día mostrando á la muchedumbre que este quietismo nuestro sólo sirve para que la infamia y la injusticia nos domine y aplaste; uno y otro día la hablamos de sus derechos y de la necesidad de las reivindicaciones; y obtendremos mucho, muchísimo, si logramos que esta masa nos preste su atención, para irse al fin de la jornada murmurando entre dientes: «ya lo explican bien esto; ya me ha gustado oírlo; pero ¡cá! esto no lo veremos nosotros ni nuestros hijos, y... no puede ser, vaya que no puede ser!» Sin pensar que cuantos van diciendo que no es posible y que no lo verán, si se decidiesen á verlo, lo verían al momento, así que quisiesen, con su propia voluntad, que en este caso sería la fuerza incontrastable, apoyada por la razón y el derecho.

De modo, pues, que llegamos á esta conclusión: «la masa, lo que se entiende por masa, es inconsciente, ignorante y reaccionaria; es, por tanto, una fuerza enemiga poderosísima, que hay que tener mucho en cuenta para nuestra obra reivindicadora, como que por ella no alcanzamos todavía nuestra emancipación, y sin ella, por desdicha nuestra, no nos emanciparemos nunca.

Alguien podrá objetar que la masa era profundamente católica y monárquica durante el primer tercio del siglo presente, y que hoy es indiferente y quizás republicana, por ejemplo; que su ignorancia de hoy no es en tanto grado como hace un siglo; que causas reaccionarias de cierta especie ya las ha abandonado por completo; para demostrar que no es tan inconsciente como suponemos, ni tan retrógrada.

Perfectamente; cierto de toda certitud que la masa ha progresado y progresa y progresará, pues de otro modo el progreso sería una ficción; pero esto, no hace más que confirmar nuestros asertos: pues sí, gracias al tesón de ciertos individuos, al constante trabajo de la minoría que se mueve se ha podido implantar algo progresivo, la masa, por su misma inconsciencia, se acostumbra á ver lo nuevo y al fin es el conservador de lo nuevo, sobre todo cuando ya se hace rutinario. Es decir, progresa en la misma proporción que avanza la sociedad en general. Pondré un ejemplo para que sea más comprensible. Supongamos que vivimos sin el sufragio universal, como podría decir cualquier cosa. Una porción de entusiastas le propagan por todas partes; y estos individuos logran convencer á la minoría que preside realmente los destinos humanos, y el sufragio universal se implanta. La masa se acostumbra al voto y acaba por ser su defensor acérrimo por rutina y porque se olvida ya de lo viejo, de lo que antes había en lugar de sufragio; que también es la masa de suyo olvidadiza. De modo que ella no avanza por propio deseo de

avanzar, sino que, á pesar de todo, el progreso se realiza, y se acostumbra á las nuevas manifestaciones del avance social.

Y la prueba de que así es también, es que no se comprende, por ejemplo, que una idea luminosa, un gran pensamiento, por más natural y verdadero que sea, aunque no trastornara intereses privilegiados, no se implanta desde luego; muy al contrario, ha de luchar mucho tiempo para abrirse paso poco á poco, para que la idea se generalice, acepte y se ponga en práctica. ¿Y por qué? Por la ignorancia de la masa, que es pasto de la reacción, y en ella apoyada lucha hasta el último momento, hasta que no tiene un sólo argumento que oponer, que no tiene un soldado que la apoye. Entonces viene la masa á consolidar la idea nueva, habiendo contemplado con estricta resignación como se sacrificaban sus nobles partidarios, como caían rendidos en la pelea.

He aquí, pues, determinada la masa y definido al individuo. El individuo es todo lo contrario de la masa. Esta es indolente; aquél activo; á la una le falta criterio; al otro le falta el número, pero se impone. Es el hombre sólo formidable torreón, león bravo, hércules del progreso; la muchedumbre es buey manso, charco inmóvil, débil caña.

Un Kosciusko levanta al pueblo polaco. Un Mazzini, mueve á todo el pueblo italiano. Un Bismarck, detiene el progreso del mundo. Un Marx, un Bakunin, un Kropotkin, destruyen los Estados derrumban las murallas, levantan cual nuevos Espartacos las masas abyectas y esclavas y las dignifican; pero aún vemos levantarse muchedumbres, en virtud de aquellos esfuerzos, de aquellas energías individuales, de cien mil, doscientos mil hombres, capaces por el número de arrasar medio mundo si fuesen conscientes, como las últimas huelgas de Alemania y de Inglaterra, volverse á sus hogares y someterse de nuevo al látigo del explotador inhumano sin que se haya tocado una sola piedra de Londres ni de Berlín, como si se hubiese celebrado más bien una *juerga* y no una huelga, una protesta de indignación contra los vampiros que chupan nuestros sudores, que nos roban nuestro trabajo.

Y si descendemos á particularidades, ¿no vemos por ventura, lo que generalmente pasa entre nosotros, los menos personalistas, los más rebeldes, los más decididos á infiltrar en la masa el espíritu de dignidad y de justicia que nos anima?

A fuerza de mucho trabajo, trabajo enorme, logramos crear asociaciones ó agrupaciones de hombres, á veces agrupaciones numerosísimas, no ya compuestas de inconscientes, sino, al parecer y en virtud de propias declaraciones, de hombres que piensan, que desean, que anhelan emanciparse de toda suerte de tiranía. Todos los,

días se les habla, se les reparten periódicos y folletos, se les reúne á menudo, se discute de todo, todo se resuelve; que no hay iglesia ni partido, ni escuela, que, proporcionalmente, haga más propaganda que nosotros ni que trabaje más que nosotros; y, sin embargo, decidme, ¿por regla general cuántas veces se reúnen todos los asociados ó la gran mayoría? ¿quién lleva el peso de la agrupación? ¿quién procura dar señales de vida y hacer algo de provecho? No me citéis un caso, que esto sería excepcional; lo que pasa es que unos pocos, muy pocos, asumen toda la actividad, todo el trabajo, todo el sacrificio, para poder hacer algo. Entre quinientos ó mil, tres, cuatro ó cinco hombres, se han de multiplicar para suplir la inactividad de los demás, como si unos tuvieran sólo el deber y los otros sólo el derecho.

Triste, muy triste es entregarse á consideraciones de este género porque descorazonan al que, lleno de fé en su causa, quiere cumplir como bueno. Pero tampoco hemos de ser tan ilusos y mentecatos que queramos desconocer la verdad adrede y no señalaremos un mal para procurar el remedio, ya que ¡somos tan desdichados que nuestra libertad va engarzada con la indiferencia, la murmuración y la ingratitud de los más por única recompensa.

Concluyamos.

La masa, la muchedumbre, el pueblo, no ha sido nunca, ni es aún hoy, como he dicho, más que ceros, pasto de todos, y casi, casi, mal abono revolucionario.

El individuo, como las minorías, lo son todo; luz, progreso, revolución.

Nosotros, los socialistas-anarquistas, como todos los que quieren un cambio radical de la sociedad para que resulte garantido el derecho, el bienestar social, no podemos emanciparnos sin la masa; ó con ella nos salvamos ó con ella perecemos.

Pues lo que importa es aumentar cuanto nos sea posible el número de individualidades dispuestas al trabajo revolucionario, para que tengamos fuerza propia, con ó sin la masa; esto es, formar esa bastante minoría que sabe todo el mundo que representa una potencia de primer orden. Después desbaratar esa masa, conmovérla, agitarla, no darla punto de reposo mental hasta que busque el sosiego por la misma revolución.

Precisa que hagamos comprender muy bien á todos nuestros compañeros, á todos nuestros coasociados, que cada uno debe considerarse como una individualidad útil y necesaria, que es bochornoso hacer entre nosotros el papel del soldado, sino, al contrario, que cada cual por lo que sirva, ocupe su puesto y trabaje, del mismo modo que le ocupa en el taller para su explotador; que no hay ne-

cesidad de que se esperen los votos de los demás, ni la aquiescencia de todos, para producirse, sino que debe posesionarse del deber de contribuir al engrandecimiento del partido y á su mejor pujanza; que si todos y cada uno, rivalizando en celo, quisiéramos cargar con todo el peso del trabajo de todos resultaría el bello ideal de la Anarquía, esto es, formarse un conjunto de individualidades todas aptas, todas servibles, y con muy poco esfuerzo entonces produciríamos trabajos colosales; ¡que un hombre no ha levantado jamás pirámides, pero las han levantado muchos hombres de concierto!

Entonces no nos lamentaríamos de continuo, siendo muchos, de falta de personal para realizar cuanto se nos antojase, sin atropellarse nadie; que la carga bien compartida toca á menos peso, y lo que sucede en mecánica, sucede en las cosas morales.

Fijáos bien, compañeros, en esto; para que el hombre sea libre, ha de querer la libertad; la libertad no la dará nadie al hombre; es el hombre que se la ha de procurar; pues que cada uno se imponga el deber de elaborar su libertad, y veréis qué poderosa fuerza circulará entre los hombres que quieren ser libres; ¡qué de prodigios no realizaremos!

Y en este mismo sentido, nosotros que hemos de conquistar la masa para que apoye nuestros esfuerzos, para su mismo bien, hemos de hacer cuanto nos sugiere nuestra imaginación para que aprenda, para que se convenza, que la muchedumbre debe desaparecer, como resabios de aquella plebe que gozaba en las plazas públicas presenciando los autos de fé y seguía á Pedro el Ermitaño en su bárbara cruzada, para que los pueblos, como nuestras agrupaciones, sean un conjunto, una reunión de seres libres, con propia personalidad, distinta la una de la otra; que pueda buscarse al hombre, no al vulgo, no á la multitud.

¡Basta ya de muchedumbres, carne de cañón!

¡Hombres libres queremos!

¡La Anarquía no quiere, no puede querer masas; la Anarquía sólo quiere seres dignos, racionales, libres!

Mucho, sin duda, se ha hecho para el levantamiento del proletariado; pero nos falta muchísimo más para acortar la distancia que nos separa del envilecimiento presente á la sociedad redimida!

Compañeros: meditemos y trabajemos, que el porvenir no se nos negará.



La educación de la libertad

Con el trabajo «El individuo y la masa», hemos determinado el papel que desempeña en la sociedad el individuo y el que representa la masa, resolviendo que por el individuo y las minorías se verifica el progreso y que la masa es una cosa pasiva, de escaso valor, estacionaria, indolente y reaccionaria.

Examinemos ahora la cuestión con otro prisma, para determinar cómo se verifica la educación de la libertad, cómo se produce la personalidad, el *yo* completamente desarrollado, el ser pensante, y nos explicaremos cómo se produce el individuo, cómo se anula esa masa sin propio criterio, petrificada en su rutinarismo, para venir á la conclusión que todos anhelamos; á la constitución de una sociedad verdaderamente libre, anárquica, que para serlo necesita que sea compuesta de seres libres, dignos é inteligentes.

Toda la cuestión social se reduce en dos términos: *autoridad y libertad*.

Es autoridad todo lo que sojuzga, avasalla, oprime y tiraniza al individuo.

Es libertad, manifestarse el individuo sin trabas de ningún género; producirse sin temor á oposiciones más ó menos violentas; satisfacer todas las necesidades así materiales como morales, así físicas como intelectuales, con toda espontaneidad, sin coacción ni coartación de ninguna especie.

Estos son los términos precisos, absolutos de la cuestión social, de las luchas de la humanidad.

Pero lo absoluto en el mundo de las ideas, no existe como no existe en el mundo físico. Y si usamos la palabra *absoluto*, la usa-

mos para significar el punto más extremo concebible; esto es, en relación con otros términos menos absolutos.

Así, por ejemplo, decimos:

—Queremos la libertad absoluta.

Pero ya se comprende que no queremos decir la absoluta libertad, sin consideración á nada ni á nadie; sino con relación á aquellos que quieren cierta libertad limitada, con determinadas facultades y coacciones, expresadas en estas ó parecidas frases:

—Queremos la libertad del pensamiento.

—Queremos la libertad de reunión y de asociación.

—Queremos una libertad *bien entendida*.

Y otras frases por el estilo.

De modo que al expresar este concepto: *la libertad absoluta*; queremos manifestar el concepto de poseer la libertad, no absoluta, sino toda la libertad posible; porque no puede admitirse, verbigracia, la libertad de robar, asesinar, perjudicar á otro de algún modo, por poco que sea; pues entonces sería (valga la frase), una libertad tiránica, una violencia, un acto autoritario, con el nombre de libertad.

Mas decimos libertad absoluta, toda la libertad, porque la fraseología humana no ha llegado á establecer las palabras precisas matemáticas, para expresar ciertas y determinadas situaciones y deseos. Pero podemos expresar la relatividad de querer el máximo de libertad posible por medio de varias palabras, como lo hacemos en este momento, determinando nuestro pensamiento de que queremos la mayor libertad compatible con el individuo y la sociedad, y no la libertad restringida que algunos quieren, por temor á perjudicar á otros seres, siendo realmente ellos mismos los perjudicados.

Hecha esta digresión y aclarados los conceptos autoridad y libertad, para que no se nos achaquen unos absolutismos que rechazamos, precisamente porque ni son factibles ni liberales, y determinado que el mundo humano se mueve por estos ejes ó polos: autoridad y libertad; creemos no será necesario demostrar con citas históricas, con hechos prácticos, que cuanto más se eleva el concepto autoridad, más pierde, más baja el de libertad; y al revés, que cuanto más sube el concepto libertad, más se anula el de autoridad; y no creemos necesarios estos detalles porque son tan de sentido común, tan palpables, que casi sería ofensivo suponer que hecho tan notorio fuese ignorado.

Y esto sentado, entremos de lleno en la cuestión que hemos planteado, esto es: *como se realiza la educación de la libertad*, ó mejor dicho, *cuál es la mejor educación para el buen ejercicio de la libertad*.

Todos cuantos sistemas sociales basados en el principio de autoridad han pretendido garantizar la libertad humana, equivalente tam-

bién al bienestar general, han caído en el mayor descrédito sin haber conseguido su objeto.

No pueden las monarquías constitucionales y democráticas—y abandonamos las de régimen absolutista, siquiera porque no usan la palabra libertad—, no pueden, repetimos, esas formas de gobierno garantizar la libertad del individuo con su sistema religioso, político, administrativo y judicial, porque el despotismo en todas las ramas gubernamentales cobibe todo derecho y la ley se halla al arbitrio del que manda; y si no puede garantizar la libertad individual, claro está que los pueblos sojuzgados á esa clase de gobiernos liberales, se han de acostumbrar á prácticas y hábitos serviles, y así la educación general no es para la libertad sino para la esclavitud; y por tanto, el hombre acostumbrado al yugo de tiranos y tiranuelos, no sabe, no puede saber hacer buen uso de la libertad; no puede ser hombre libre, sino se levanta con heroicidad admirable por sobre el medio que le rodea y que mata su personalidad moral.

No pueden las repúblicas de todas categorías acostumbrar á los pueblos á la libertad, porque por más que pretendan realizar esta suprema dicha, aún hay gobierno, aún hay tiranía en todos los actos sociales, aún no se produce el hombre por su propio derecho, sino por medio de intermediarios, como se llaman diputados, concejales, etcétera, y ha de abandonar todas sus libertades y derechos en manos de otros, que se hallan muy bien ejerciendo de mentores, protectores, dispensadores del bienestar humano. Además subsisten las bases sociales—propiedad, religión, ley, Estado, etcétera—, procedentes de épocas más bárbaras y despóticas, y coexisten en el fondo, por más apariencias que tengan de liberales, el servilismo y la tiranía. Podrá ser en algunos casos que la doblez, la servidumbre no sea tanta, ni la tiranía tan asquerosa; pero, al fin, tiranía y servidumbre es lo único que existe, y por ende, el hombre, acostumbrado á muy limitadas é inocentes libertades, pero mucho más á la condición humillante del inferior y del servidor, no es hombre que sepa, que pueda hacer buen uso de la libertad máxima, no está educado para ello. Las repúblicas, pues, no tienen la mejor educación para el buen ejercicio de la libertad.

Y lo que decimos de las monarquías liberales y de las repúblicas, podemos decir de todo sistema social, por avanzado que sea, que mantenga instituciones como el Estado, la religión, la propiedad individual tal como hoy se entiende, la política, etc.

No pueden formar la buena educación para la libertad, las instituciones monacales, militares, autoritarias, privilegiadas, sean de la manera que fuesen, porque acostumbran al hombre al yugo, á la inferioridad y á la subordinación opresora.

El fraile, el cura, el soldado, el empleado, el dependiente, el trabajador, educa los á una sumisión y obediencia muy crueles, no pueden producirse de ningún modo como hombres libres. Su corazón y su cerebro son esclavos por arraigados hábitos, son seres que no se han desarrollado en el puro medio de la libertad y no saben, no pueden comprender toda la magnitud, toda la inmensísima dicha del hombre libre, de propia personalidad, del que á nadie confía sus necesidades y sus derechos; sino que él mismo atiende á sus necesidades, él mismo ejercita sus derechos, su libertad, mantiene su iniciativa, como se impone sus deberes, como defiende sus derechos y su vida.

Y es por esto, pues, que cuestan tan enormemente las conquistas de la libertad, del progreso; porque son muy pocos los individuos que tienen tal fuerza de comprensión, voluntad tan decidida, que, sino de hecho, moralmente se hallan ya emancipados y se sobreponen con resolución incontrastable á toda práctica servil y á todo hábito de obediencia innoble para batallar heroicamente contra toda dominación y tiranía, y realizar el progreso humano, que se resume, con la libertad que hemos llamado absoluta equivalente á verdadero bienestar social.

De lo cual deducimos, pues, *que mientras subsista autoridad, sea en conjunto, sea en detalle, no puede producirse la buena educación para el mejor ejercicio de la libertad individual y humana.*

Y también llegamos por deducción á la afirmación siguiente:

Que la buena educación para el mejor ejercicio de la libertad, no puede obtenerse sino con el ejercicio de la libertad misma.

Y ya tenemos en principio resuelta la cuestión; sin embargo, precisa que argumentemos algún tanto para demostrar, no la verdad de la resolución, sino la posibilidad, la necesidad de adquirir en primer término la libertad y después la educación para que esta libertad sea firme, sólida y duradera, que es lo que muchos dudan y no ven tan difícil llegar, por movimientos de fuerza, á la destrucción de todo principio autoritario; así como no precisa, para apresurar estos movimientos, educar al mayor número posible de hombres en las prácticas más liberales posible, para que sean base del futuro estado social, vanguardia de la más preciada de las revoluciones humanas.

Si hemos convenido, por ejemplo, que el soldado, acostumbrado á reducir su personalidad á un número sólo, no está educado para la libertad, asimismo hemos de convenir que el joven que sin ideas ha cumplido el servicio militar, ha de hallarse inepto para producirse como hombre libre, y, lo que es más sensible, casi inepto para poner su esfuerzo personal al servicio de la revolución social.

Tendra este joven, si se quiere, muy buen fondo, de generosidad extrema, pero para todo trabajo revolucionario preguntará incesantemente quién es el jefe que le ha de comandar para perder la vida al servicio de la libertad, y se batirá con suma desconfianza si no halla á su frente un hombre de renombre popular, al menos, sino de aptitud.

En cambio, buscad al obrero que ha perdido muchas horas en reuniones y en trabajos societarios y cuidado de prestar atención á los ideales revolucionarios, éste protestará de todo jefe y jefatura y afirmará que si como un cuerpo de ejército subordinado hemos de alcanzar nuestra libertad, después de logrado el triunfo de la revolución se proclamará la dictadura, sea ó no revolucionaria, y mientras subsiste el más pequeño resto de autoritarismo, la revolución no habrá conseguido su afianzamiento y la libertad no habrá definitivamente triunfado.

Y si partiendo de estos dos puntos lógicos y extremos, dado el modo de ser de la sociedad, los vamos reduciendo á la más ínfima importancia para llegar á esa admirable conjunción de una subordinación consciente y libre, conservando la plena soberanía del *yo*, del hombre emancipado, del que conserva siempre y en todos los actos la propia personalidad, podremos averiguar y definir que todas las instituciones humanas son tanto más reaccionarias y menos preparadas para la adquisición de la libertad cuanto más autoritario sea su régimen, como, al revés, cuanto más liberal, amplia, sea una institución, más los individuos que la componen son aptos para la lucha de la humana emancipación.

Sin necesidad de remontarnos mucho, podríamos determinar en nuestras sociedades obreras el grado de revolucionarismo que sostienen, con sólo dar una mirada en sus reglamentos ó estatutos, y casi contar el número de individuos que cuenta como decididos revolucionarios, investigando su régimen societario.

Este que parece fenómeno no es tal, atendiendo todas las consideraciones naturales que hemos puesto de relieve.

Una corporación obrera que posea un reglamento societario autoritario, prueba que la componen una masa de individuos inconscientes, por más buena voluntad que tengan; porque, de lo contrario, si entre sus socios hubiese varios caracteres libres, hombres emancipados, no podrían consentir la tiranía de ciertos artículos é infiltrarían su espíritu revolucionario á los compañeros de sano criterio y corazón generoso.

Revisad un reglamento ó unas bases de las colectividades que tienen fama de revolucionarias y veréis en ellas retratado el espiri-

tu de sus socios, sus aspiraciones, la libertad que sienten, que desean, que quieren á todo trance.

Unos y otros reglamentos os dirán también que son más numerosos, muchos más individuos educados para la libertad en las últimas sociedades que en las primeras; y á medida que veréis consignado un régimen amplísimo de libertad en unas bases societarias, podrá determinar el número de individuos aptos para el cambio social que apetecemos, y á medida que observemos espíritu restringido, autoritario, precavido en un reglamento, determinaremos cuán pocos son sus socios que tengan conciencia de la libertad.

Y así como toda aspiración y todo régimen trae en sí necesariamente sus medios propios, las corporaciones que aspiran al planteamiento de la libertad, necesitan forzosamente medios que eduquen al hombre en el buen ejercicio de la misma, este es el que forma en primer término en los movimientos provocadores para el establecimiento de la libertad humana.

He aquí, pues, explicadas también las evoluciones de esa importantísima institución llamada Internacional, que su renombre ha de conservarse eternamente como la Regional de los trabajadores y la Organización anarquista de la región española, su sucesora legítima.

No es posible en buena lógica que concebidos unos principios de organización más conformes con las aspiraciones revolucionarias dejen de plantearse, como no es posible que un individuo de ideas muy avanzadas pierda el tiempo defendiendo ideales más atrasados de los que concibe.

¿Y qué tiene de particular, por ejemplo, que educados en un régimen autoritario social y con ciertos resabios en nuestras mismas asociaciones, el hombre no sepa producirse como ser independiente y libre si hasta hoy no se ha procedido de otra manera que por delegaciones y confiando á otros que por ellos pensasen y trabajasen, por más decididos que estén á secundar todo propósito revolucionario? ¿Y por qué no estamos educados al propio ejercicio, á conducirnos espontáneamente con toda la firmeza del consciente de sus derechos y de sus deberes, hemos de retroceder?

Esto jamás; sería una verdadera reacción proceder de tal suerte.

El hombre no puede ser libre, sino sintiéndose libre; acostumbrándose á las prácticas libres. Por tanto, si sólo por estas prácticas liberales, si sólo obligado á producirse según sus facultades, se halla la educación para el buen ejercicio de la libertad, precisa sólo un poco de buena voluntad por parte de todos, y no ha de tardarse mucho en dar ópimos frutos esta conducta, que cuenta con la severidad de los principios más lógicos y revolucionarios y los medios

más en armonía con los ideales que se sustentan; y no dudemos que alcanzaremos con más rapidez el mayor contingente de hombres revolucionarios, como, en consecuencia, más pronto el triunfo de la revolución social.

A algunas más consideraciones se presta este tema y quedarnos muchos argumentos así históricos como filosóficos para apoyar nuestra tesis. Pero, ya para no cansar al lector, como por no poder disponer de más tiempo y sosiego para pulimentar este trabajo, atiéndase mejor al espíritu que lo informa, que no á lo que la letra dice; y que otros llenen el vacío que deja mi insuficiencia.

